

Comenzaron á negociar los Holandeses para conferir una especie de soberanía al nuevo conde de Holanda; pero tan restringida y limitada, que sólo fuese una supremacía titular ejercida, mancomunadamente, con Enrique III de Francia é Isabel de Inglaterra. Enrique dió pocos auxilios. Estaba ocupado en defender la propia independencia, y no habia de mezclarse en la de los Holandeses. No se olvide que el de Guisa y la Liga, Paris y España se hallaban peleando en contra suya, como también su primo y sucesor Enrique de Navarra. Felipe II, á fuerza de intrigas y de oro, se propuso paralizar la acción de Enrique, y sin perder de vista los Países Bajos, pensaba en el trono de Francia para su hija, cuando faltase el último Valois ¹. Del mismo modo, el rey de

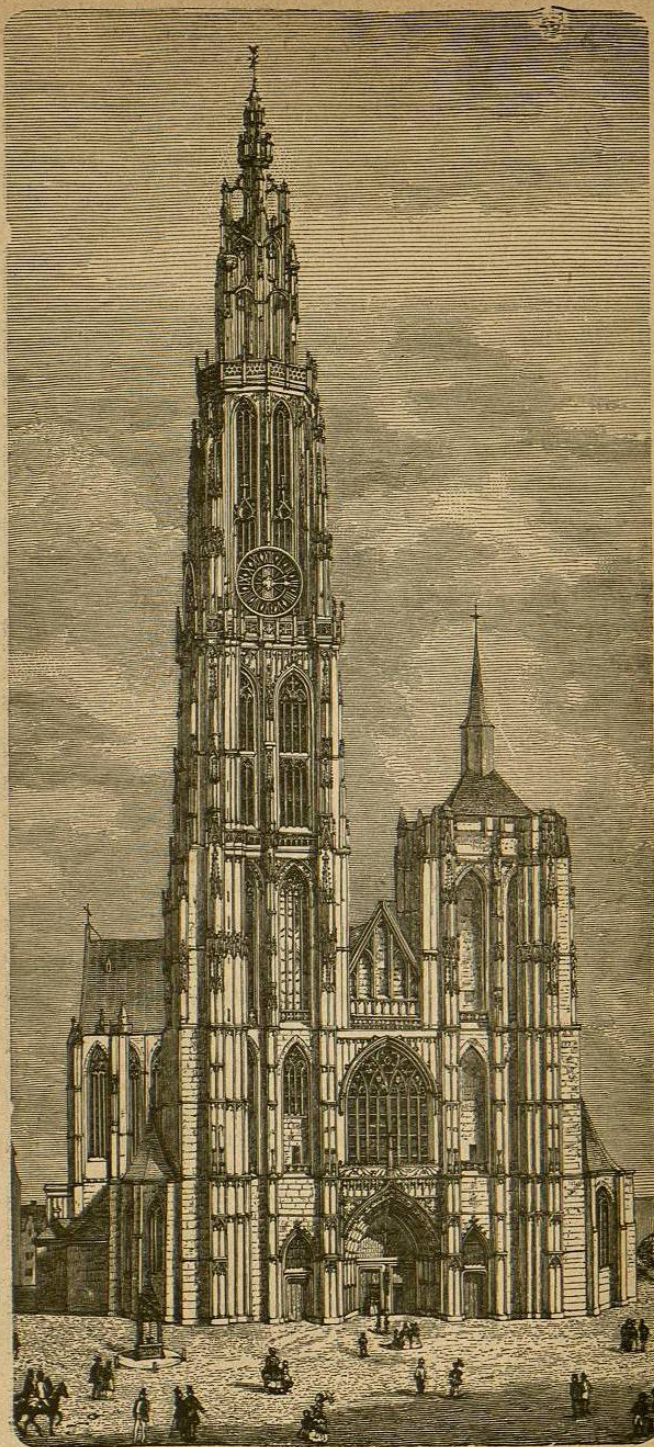
¹ Como Enrique III no tenía hijos, el más inmediato heredero de la corona era Enrique de Borbón, príncipe de Bearne, y titulado rey de Navarra, como hijo de Juana de Albret. El de Borbón, jefe de los hugonotes, no debía ceñir la corona, según los Guisas. Formóse la famosa Liga, dirigida por los tres hermanos: el cardenal de Borbón, el duque de Guisa y el duque de Mayenne. «Felipe II se pronunció abiertamente en favor de la Liga, y celebró con los Guisas un tratado, cuyas principales bases eran: que el cardenal de Borbón sucedería en el trono á Enrique III de Francia, en el caso que éste muriese sin hijos, con exclusión de todo príncipe hereje ó fautor de herejía; que se restauraría y mantendría en el reino la religión católica romana, con prohibición ab-

España reputaba empresa fácil y hacedera la conquista de Inglaterra, y se proponía confiar tan delicado asunto al duque de Parma.

Alejandro Farnesio, antes de poner en práctica los pensamientos de su señor, necesitaba apoderarse del puerto más principal de los Países Bajos. Si los españoles eran invencibles por tierra, no igualaban por mar á los mendigos; y para caer sobre Inglaterra, no sólo debia tener Alejandro una fortísima escuadra, sino un punto de apoyo en la costa. Se hará notar que el de Parma despreciaba á los marinos ingleses, sin embargo de las repetidas pruebas de actitud que habian dado Drake y Hawkins. El puerto más seguro, capaz y profundo de los Países Bajos era el de Amberes. En él podian abrigarse todas las escuadras del mundo. No importaba que Amberes estuviera en poder de los patriotas, porque Orange habrá muerto. «Si tomamos á Amberes, solia decir, vendréis todos á oír misa con nosotros; si sabéis defender la plaza, iremos con vosotros á los oficios.»

En nueve meses habian caído en poder del de Parma todas las ciudades del Brabante, menos Amberes. Primeramente Gante y Dendermonde, después Bruselas, y más tarde Mechlin; ahora llegaba el turno á Amberes. El asedio fué previsto por el de Orange, poco antes de morir, y dejó trazado el plan defensivo. Comprendiendo Guillermo que si el de Parma lograba tender un puente á través del Escalda,

soluto del ejercicio de cualquiera otra, que el rey de España protegería al cardenal de Borbón, á los Guisas y á todos los que formaban la Liga Santa, y el cardenal de Borbón devolvería á Felipe todas las plazas que le habian quitado los herejes, y le ayudaría á someter los rebeldes de los Países Bajos, con otros capítulos correspondientes á estas bases. Firmaron este tratado, á nombre de Felipe II, Juan Bautista Tassis y Juan de Moreo». Lafuente, *Historia de España*, t. XIV, págs. 261 y 262.



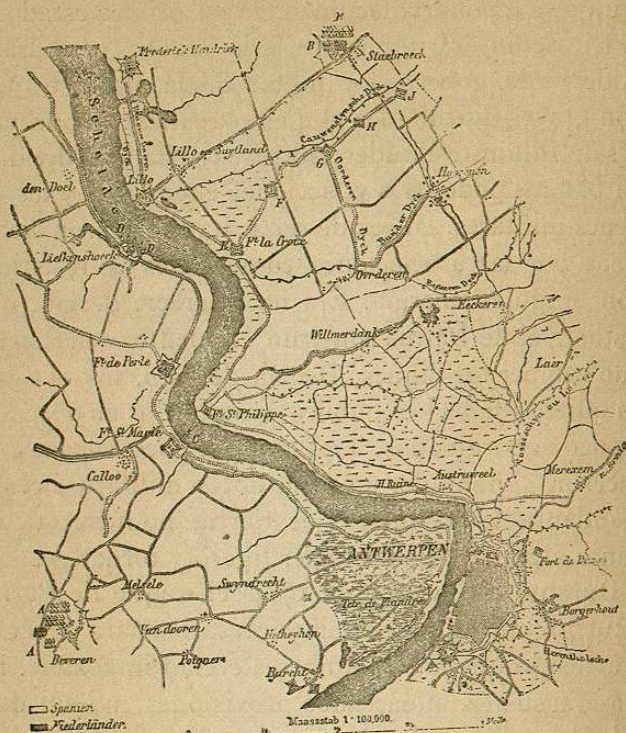
LA CATEDRAL DE AMBERES.

podría reducir la plaza, ideó transformar el río en rada, derribando el dique y haciendo entrar el Océano por la abertura. Semejante medida sería temporal y pasajera; pues, cuando el cerco se levantase, lo destruido se repondría fácilmente á su primer estado.

El asedio era inminente á la sazón; pero Saint Aldegonde, gobernador militar de la plaza, tropezó con graves dificultades al querer realizar los proyectos del difunto estatúder. Amberes se hallaba dividido en bandos poderosos y facciones enemigas, y las órdenes militares, en vez de ser acatadas, fueron discutidas por las asociaciones comerciales y resistidas con singular energía. Era necio creer, decían, que pudiera el de Parma construir el puente, y más necio aun romper los diques. Demás de esto, los oficiales en quienes fiaba la república, eran tardos en obedecer y poco subordinados. Treslong era poco celoso; y su sucesor, si honrado, no tenía dotes militares: el comandante de las fuerzas de tierra, no merecía confianza alguna por su carácter ligero y tornadizo.

Durante el invierno de 1584, el duque de Parma estuvo reuniendo materiales necesarios para poner en práctica lo que los de Amberes creían imposible. La plaza, á su vez, almacenaba provisiones, no sin dificultad y peligro; los barcos que las conducían no eran siempre bastante afortunados para evitar el estrago de las baterías de Farnesio. Entonces, los magistrados de la ciudad, como si tuviesen el propósito de auxiliar el bloqueo, fijaron un precio máximo para el trigo, con lo cual pudiera decirse, que organizaron el hambre. Las esclusas que daban á la parte de los Holandeses, permanecían abiertas; esta medida fué, en último resultado, eficaz á los designios de Parma, porque le facilitó el modo de recibir auxilios para sí.

Cuando el mal no tuvo remedio, los mismos que se opusieron á romper el dique de Blauw Garen, deseaban hacerlo. Aquella zona ya estaba ocupada por tropas y baluartes.



PLANO DEL SITIO DE AMBERES POR LOS ESPAÑOLES BAJO EL MANDO DE ALEJANDRO FARNESIO DE PARMA.

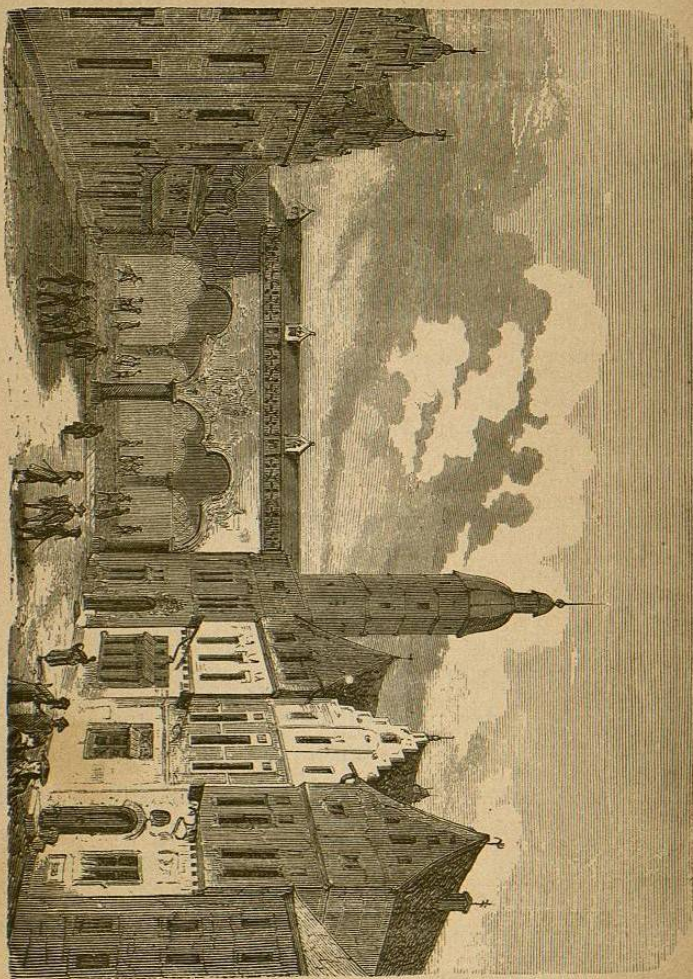
A. Campamento general de Parma.—B. Campamento del Conde de Mansfeld.—C. El puente sobre el Schelde.—D. Ataque de la escuadra de Justin de Nassau al fuerte de Liekenshoek.—E-I. Fortificación del estanque de Couwenstein.—E. El fuerte «La Croix».—F. El fuerte de Santiago.—G. El fuerte de San Jorge.—H. Trincheras de palos.—I. El Baluarte.

La anchura del Escalda en el punto donde Farnesio construía el puente, fábrica que poco antes se creía imposible realizar, era de unos 2.400 pies, y su profundidad de 60. Los pilotes sobre los cuales

debía tenderse el puente, penetraban 50 pies en el fondo. Mientras se practicaban estas operaciones, sólo se ocurrió á los sitiados intentar alguna escaramuza, de escasa importancia, para impedir las, quedando prisionero el más bravo y bizarro de sus jefes. El 25 de Febrero se terminó el puente, cuya parte central, ó sea, la que pasaba por donde el río era más profundo, estaba formada de barcas: la obra toda era maravilla de ingenio. Causa asombro, que mientras los soldados la llevaban á feliz término, carecían hasta de lo más necesario, y vivían completamente abandonados del rey Felipe.

Residía, en aquella ocasión, en Amberes, un italiano, llamado Gianibelli, muy perito en mecánica y en química. En otro tiempo ofreció sus servicios á Felipe; pero, cansado de las demoras y aplazamientos que hubo de sufrir, hizo propósito, en venganza, de causar á los Españoles el daño que pudiese. El italiano propuso á la ciudad el medio de proveerla de víveres: rechazada la propuesta, él, en odio á los sitiadores, ó en amor á los sitiados, rogó á los de Amberes que le diesen, al menos, algunos buques de la flota de la ciudad para intentar algo, que tenía meditado, contra el puente recién construido. No sin vencer muchas resistencias, pudo conseguir que le diesen dos; en cuyos cascos procedió á construir depósitos de pólvora, de modo que los barcos quedaron reducidos á minas flotantes. Llegado el caso, se lanzarían como auxiliares, á favor de la corriente, algunos brulotes, precediendo á las dos navecillas, que irían provistas de una mecha y de una especie de muelle de reloj, el cual había de aflojarse en un momento preciso. Cuando el de Parma vió avanzar los brulotes, concentró fuerzas en el puente. Uno de los

navios voló antes de llegar al puente; pero el otro arribó con oportunidad. Habiendo sido abordado



LA BOLSA MÁS ANTIGUA EN AMBERES.

por los Españoles, estalló de un modo terrible. Muchos sitiadores quedaron heridos, todos llenos de pavor y el puente roto; y si á la industria del italiano

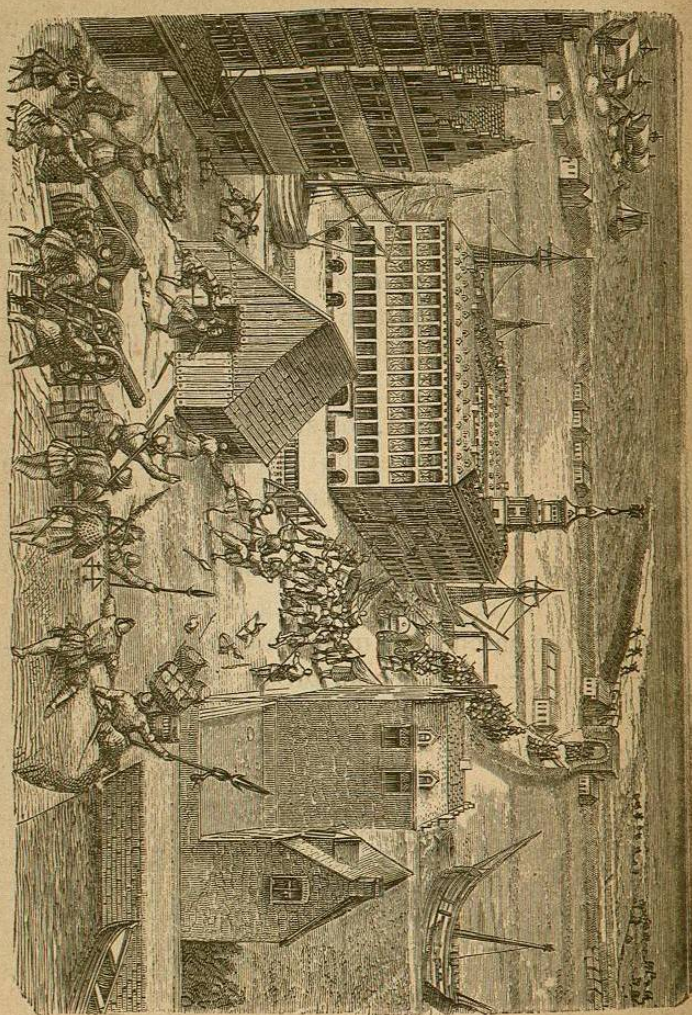
hubiese seguido un ataque de los Neerlandeses, Amberes se habria salvado, el de Parma vencido y probablemente asegurada la independencia de los Países Bajos. Pero la ciudad no tenia ningún defensor de talento, y Farnesio pudo componer el puente sin ser molestado por sus enemigos.

Las máquinas de guerra de Gianibelli, fueron inútiles. Sin embargo, cuando tres años después se trabó una lucha más grande, el recuerdo de los *barcos del diablo*, como los llamaron, infundió más pánico en los soldados de *La Invencible*, que todo el poder de Drake y de Effingham. La memoria de los buques infernales infundia pavor en los bizarros soldados de España.

Determinaron, al fin, los sitiados, hacer un esfuerzo supremo y romper el dique. La primera tentativa hubo de fracasar, merced á una estratagema ingeniosa de Farnesio; la segunda, que se verificó el 26 de Mayo, alcanzó mejor fortuna. Tras una lucha encarnizada, ocuparon el dique, y en seguida, lo rompieron. Manifestóse entonces la misma incapacidad en los jefes: porque, cuando debían proseguir con empeño la empresa, determinaron volver á la plaza con el objeto de celebrar su victoria. Parma volvió, reparó el dique y se preparó á esperar á los sitiados. Convencidos éstos de la inutilidad de la resistencia, capitularon el 17 de Agosto, y Amberes quedó entre las ciudades sometidas y arruinadas¹. Acabó su comercio y murieron sus manufacturas. Se cerró el puerto, del mismo modo que cuando Farnesio cercaba la plaza; y los

¹ Felipe II recibió de noche la grata noticia, y cuéntase, que se levantó de la cama, se dirigió al dormitorio de su hija Isabel, y tocando á la puerta, dijo estas palabras: *Nuestra es Amberes*, volviéndose á acostar.

herejes, en cuyas manos se hallaba la industria y casi toda la riqueza, emigraron de Amberes, estable-



CONQUISTA DE AMBERES POR LOS ESPAÑOLES.

ciéndose en Amsterdam. En cambio, los de la ciudadela y los jesuitas acudieron á reemplazar á los emi-

grantes. Con la toma de Amberes, se creyó que cundiría el desaliento entre los patriotas, y que Holanda y Zelanda se someterían, en poco tiempo y sin grandes esfuerzos. No sucedió así; porque los Neerlandeses cobraron nuevos bríos, y la resistencia se hizo más tenaz. Sin embargo, era difícil pronosticar el resultado de la contienda, y más aun, el porvenir de la república.

Si la corte de Inglaterra fué egoísta en aquellas circunstancias, no merece tantas censuras como otras. Francia lisonjeaba y mentía; pero Inglaterra no estaba preparada á la lucha. Los Holandeses, fijándose en apariencias solamente, creían que Francia era fuerte é Inglaterra débil. No debieron creer lo primero; pero no es extraño que llegasen á pensar lo segundo. Tampoco sorprende, teniendo en cuenta las costumbres de la época, que Isabel se propusiera engañar á unos y á otros, lo mismo á los amigos que á los enemigos. Por lo demás, la estancia de Leicester en Holanda, las intrigas de la reina de Inglaterra y la suerte varia de halagüeñas esperanzas y tristes desengaños que ocasionaron la una y el otro, carecen de interés para la mayor parte de los lectores. La verdad es que el pueblo inglés, generalmente hablando, deseaba la paz con el rey de España. También es cierto que algunos creían en la buena fe de Felipe. Lo que conviene hacer constar, es, que otros hombres, que ninguna parte tomaron en las cábalas é intrigas políticas de su tiempo, sirvieron indirectamente la causa de las libertades públicas, señalando la debilidad del despotismo.

Drake fué uno de ellos. Habíase apoderado el atrevido marino, durante un viaje que hizo en 1577, de riquezas considerables pertenecientes al rey de Es-